

Adolfo Montiel Ballesteros

1888 - 1971

Nació en Paysandú el 2 de noviembre de 1888 y murió en Montevideo el 31 de julio de 1971. Estudió hasta 5º año de primaria, empleándose desde muy joven como funcionario de correos primero, en el comercio después, y luego como dibujante técnico en una oficina pública. En 1919 es designado cónsul en Florencia y en 1945 se jubiló como ayudante de ingeniero. Colaboró en casi todas las revistas y periódicos rioplatenses, desde *Ecós del Progreso* de Salto, hasta *La Nación* de Buenos Aires, incluso *Los Andes* de Mendoza, *La Nación* de Santiago de Chile y muchísimos más. Numerosos cuentos suyos han sido traducidos a los idiomas alemán, francés, italiano, portugués, inglés e idisch. Fue miembro de número de la Academia Nacional de Letras.

Obras: *Cuentos Uruguayos* (1920), *Alma Nuestra* (cuentos, 1922), *Fábulas y cuentos populares* (1923), *Los Rostros Pálidos* (1924), *La Raza* (novela, 1925), *Luz Mala* (cuentos, 1926), *Montevideo y su Cerro* (narrativa, 1928), *Fábulas* (1928), *Castigo e' Dios* (cuentos, 1930), *El Viaje de Pibe Alrededor del Mundo* (cuentos, 1930), *Nuevas Fábulas* (1932), *Queguay el Niño Indio* (relatos, 1934), *Pasión* (novela, 1935), *Barrio* (novela, 1937), *Cuentos para los Niños de América* (1939), *En el País de los Sueños* (relatos, 1940), *La República de los Niños* (novela, 1941), *Querencia* (cuentos, 1941), *La Cazadora de Almas* (novela, 1945), *El Burrito Blanco* (cuentos, 1947), *La Ciudad de los Ojos Alegres* (relatos, 1947), *El Niño a quien se le secó el Corazón* (relato, 1947), *Piñiti*, el *Hombre más Chiquito del Mundo* (relato, 1947), *Fábulas* (1948), *Vida y Mundo de Juancito el Zorro* (cuentos, 1949), *Gaicho Tierra* (narraciones, 1949), *La Jubilación de Dios* (cuentos, 1951), *Mundo en Ascias* (novela, 1956), *Juaninada* (narrativa, 1960), *Don Quijote Criollo* (novela, 1961). En el género teatral infantil: *La Varita Mágica* (1937), *La Isla* (1939), *Juan* (1940), *La Justicia del Diablo* (1942), *El Bandido de Siete Suelas* (1943), *Hermanas* (1943).

Se trata de uno de los autores más prolíferos, diversificados y proteicos: cuarenta y tantas obras publicadas en todos los géneros excepto el ensayo, en todos los tonos, dirigidas a los públicos ubicados en todos los escenarios nacionales (campo, chacra, pueblo, ciudad, etc.), y sobre los temas más variados. Ante tan amplio espectro, nos apuramos a ocupar nuestro punto de mira: Montiel Ballesteros, cuentista criollo, esto es autor, entre otros libros, de dos especialmente señalados, creemos que con acierto, por sus críticos y antólogos más recientes (Visca y Bordoli): *Alma Nuestra* y *Luz Mala*. Nadie podría negar que estamos frente no sólo a un experimentado conocedor del campo y sus pobladores de principios de siglo, sino además, ante un diestro contador, auxiliado de muchos recursos, algunos de los cuales tuvieron mayor vigencia en su tiempo que en el presente. De todos modos es necesario reconocer a Montiel Ballesteros capacidades como las que sólo a modo de ejemplo enunciamos: su estilo

llano, ameno, convidador, que hizo de Montiel, en su mejor época, el autor más leído por la gente de campo; su capacidad para ser, a la vez que jocoso, dramático; a la vez que reidor, lloradero; a la vez que sarcástico, humildemente humano por encima de todo, hasta del mismísimo Dios. Montiel Ballesteros merece figurar como un significativo hito en la trayectoria de nuestro acontecer narrativo-criollista; por discutible que más allá de esa categoría pueda resultar su trascendencia literaria, siempre será un autor a quien se podrá leer con entusiasmo y beneplácito.

La *carreta*, el cuento de Montiel que incluimos aquí —aparte de los valores narrativos que evidentemente exhibe— importa como elocuente documento de época.

La carreta

¡Hooop, boy!... ¡hoop!

No tuvo necesidad de más el viejo Severo para que los bueyes dóciles cesaran su paso cansino, enmudeciendo como por encanto el rechinar agudo de los ejes y no restando del movimiento anterior otra seña que un crujir de maderas, claramente percibido en el ancho silencio de la mañana.

Desde las tres de la madrugada se quejaban los ejes y a cada barquinazo, provocado por las piedras, por las zanjas del camino, resonaba la vieja carreta. Y desde aquella hora, nuestro hombre, en su rutinaria costumbre, gritaba, incitando a las bestias:

—Picazo! ¡Sargento! Blanquito!... Capincho, güey! Y la picana larga y cimbreante vibraba amenazadora y más que pincharlos los tocaba, acariciándoles el lomo.

Quando por el sol, asaz caliente, cesó la marcha, serían las nueve. Se había hecho una buena jornada, y se necesitaba, ya que debían llegar al otro día al Salto con la carga de lana, una de las últimas, cuyo volumen hacia venir tan incómodamente a su familia, indispensable acompañante de sus viajes.

No bien detenido el vehículo, salta de sobre las hinchadas bolsas sucias, hediondas a grasa cvina, el indiecito hijo del carretero.

—¿Desuño, tata?

—Vos desensillame el "Por si pega".

Así se llamaba el caballo. Su estampa disimulaba sus méritos... La frase: no facilites animal de poca figura, era como creada para el "Por si pega". El nombrecito le venía de una "agachada" del Severo en unas carreras, en que, al correrse una penca de mancarrones en la cual tomaba parte el suyo, amenazó con socarronería:

—Cuidao, eh! Cuidac con éste por si pega!

Y el matungo ganó la carrera entre las risas del paisanaje.

—Cola y luz, al "Por si pega"...

—Al "Por si pega", toda la vida!

Y desde entonces quedó bautizado.

Bajan también de la carreta la mujer de Severo y su hija Sista, que integran la trashumante familia.

La china ayuda a desatar los bueyes, aflojando en vueltas y vueltas los largos y sobados maneadores de cuero, mientras la chiquilina suelta el tiento que aseguraba el "muchacho", poste que en la parte trasera del carro matado mantiene su equilibrio.

Después, del cajón de abajo de aquél, saca la gurisa los trebejos del mate y de hacer la comida y unos trozos de leña; tras la búsqueda de charamuscas y de unas piedras para sostener la caldera —con las rodillas en tierra—, enciende el fuego y sopla, hasta que un humo blanco azulado se levanta espeso, incierto, lento.

Al "Por si pega" lo han dejado suelto; para "a mano" el matungo.

Los bueyes, cansados dan unos pasos curioseando con los grandes ojos cándidos y vagos; uno se rasca contra un palo del alambrado, otro no se mueve rumiando; los de más allá comienzan a ramonear la gramilla que por debajo de los alambres del cerco avanza, suavizando la reseca tierra del callejón.

La familia, en cuclillas, rodea el improvisado fogón.

Se empieza el mate, apenas precedido de algunas frases:

—No vayás a quemar la yerba, muchacha.

Y un grito al hijo, quien, con la picana, anda a golpes con las lagartijas veloces, que en sus carreras vertiginosas rayan una fugaz línea verde al huir en busca de sus cuevas, de una rendija donde guarecerse...

—Vení p'acá, gurí and'á romperme la picana, mal domao!

Lleva Severo como veinticinco años en aquella vida dura e inalterable. Ha hecho miles de leguas transportando mercaderías de los pueblos, devolviéndoles éstos en frutos, en grano, en carbón, en leña. Le son comunes los caminos de Tacuarembó, de Rivera, del Salto. Todos están sembrados de sus recuerdos; y su mujer, compañera de sus andanzas, que apenas lo dejó una vez al nacer el gurí, asiente a lo que pudiera llamarse sus esquemas de evocación cuando, en sus marchas, el divisar un arroyo, una casa, el encontrar un pasajero, reviven en el hombre escenas del pasado:

—Ahí, en Quiebra Yugos, sacamos la diligencia'e Carballo, ¿te acordás?

—Llevaba la muda 'e tordillos...

—La estancia 'e don Chico Machado. Cuando se casó la hija, le trujimos los muebles...

—Aquí peludíamos en el 900, ante 'e la guerra, 'e la última... Hizo un invierno fiero.

Ahora al paisano lo están trabajando preocupantes ideas. Los tiempos que corren son malos. Las cargas escasean porque los estancieros, con carros tirados con mulas o caballos, hacen los viajes con mayor rapidez... Hasta ha oído mentar los "automóviles gran-

des" que van a efectuar los recorridos en horas.

Sentencia:

—D'esta hecha, nos van-hacer comer gambetas, o "como en la fonda 'e la Vitoria raíces te mandó memoria..."

Van sus ojos a la carreta, que hace tantos años quisiera pintar de verde, poniéndole, con letras muy dibujadas, un cariñoso nombre: "LA ORIENTALA".

El pintor le había dicho que se escribía Oriental, pero él se le rió:

—Así lo escribirán ustedes en el pueblo...

Y ahora, así, con novedades siempre, le seguían llevando la contra a la gente campera.

Miraba la carretera en construcción, rosada, limpia y pareja como una cancha de correr carreras, con los mojones de piedra pulidos, amarillentos, terminados en cúspide...

Ahí, en ese camino tan liso, tan lindo, comenzaban las armas del enemigo.

—Ta muy bien arreglar el callejón, ponerle calzada a los pasos, empedrar las zanjas, pero, pa qué?... Dejuro que no es pa la carreta: pu-ahí se van a venir los carros rápidos, los automóviles, los que nos van a quitar el puchero.

Recordaba que un día, viniendo por el camino de Cañas, después de entrar en un terraplén, los de la cuadrilla se pusieron a gritarle y el gringo capataz se vino corriendo a decirle que el peso de la carreta echaba a perder el trabajo recién hecho.

El detuvo la marcha y le preguntó:

—Y aura, pa qué lo hacen?... Pucha!... no quedarán que uno vaya po-el aire!

* * *

A la distancia, con el ruido característico de los gritos del mayoral y el tintinear del cencerro, se aproximaba una diligencia. Severo concretó una frase sus ideas:

—Otros. Estos, como yo, también van a ir a descular hormigas... Va linda la cosa!

Pasó la diligencia, después un carruaje, gente a caballo...

Comieron, durmieron la siesta. Tomaron mate otra vez y al caer la tarde uncieron los bueyes e iniciaron otra etapa.

De pronto el ambiente tomó esa semi-luz extraña del sol nublado, bajo la cual las cosas adquieren una especie de morbidez.

Una quietud, una calma pesada, aplastaba todo; luego, mientras el cielo encapotado se volvía gris violeta sombrío, empezó a soplar un viento bajo y tibio que agitaba los pastizales y traía rotos los gritos de los teruteros escandalosos, que presentían la tormenta.

Arreció el viento, trayendo humedades de lluvias lejanas, olor sensual y denso de tierra y hierbas mojadas.

Con los aletazos ciegos del ventarrón, se levantaban, espantadas, grandes nubes de polvo.

Retumbaban los truenos sordamente, igual al disparar de una tropa asustada en la noche.

El cielo, ya negro, era acuchillado por el huidizo zigzag de los relámpagos.

Los observó Severo:

—Quebrachos de arriba pa bajo: agua segura... Parece que se cai el mundo!

—¿Vamos a parar? —indagó la mujer.

—No, mientras esté duro el camino se sigue... Alcanzame el poncho.

Taparon bien las bolsas de lana.

Ya las primeras gotas gruesas, que ni bien caían las devoraba la tierra sedienta, tamborileaban sobre el zinc del techo convexo del vehículo.

Antes de una hora de andar hubieron de cesar la marcha.

En la sombra de la noche, ya entrada, bajo la lluvia copiosa, dieron nuevamente libertad a los bueyes, pero esta vez no total, pues los animales, castigados por el agua, podían sentirse tentados de huír.

Continuó el diluvio. El callejón se hizo todo un matete, un barril líquido y pegajoso, simulando un negro río donde se chapoteaba pesadamente.

Entraba el otoño, y era muy fácil que aquella cinta de fango no se secase en muchos días.

* * *

El paisano viejo llegó muy retardado al destino y hubo de oír rezongos y maldiciones a sus bueyes, al tiempo y al gobierno, que nunca terminaba de arreglar los caminos.

—Ya sabemos pa qué —criticó el carrero.

El otro creyó que hacía alusiones políticas y sonrió.

Por primera vez volvía a sus pagos de Carumbé, sin carga.

Pese a sus suposiciones el camino había mejorado: las cuadrillas hicieron desagües y arreglaron los sitios más feos. Sin embargo, era preciso ser baqueano para evitar celados peligros de pozos y baches.

De nuevo lo alcanzaba la diligencia, la amiga de sus buenos tiempos. El mayoral era un antiguo conocido.

—Oh, Severo, ¿cómo es eso, vas de vacío?

—Así es, don Rosas, no había carga.

—¿No había? o no te han querido dar esos hijos de la que los lambió.

—¿Por qué?

—Es una güena noticia: han hecho todos una sociedad; ponen los fletes y los pasajes tiraos... Mañana salen del Salto los camiones, los que te van a hacer competencia a vos... prontito nomás te van a alcanzar.

—¡Ah, sí!

* * *

Efectivamente, al otro día, temprano, cuando él enfrentaba a una tapera en Talas, sintió el resollar poderoso de la máquina.

—¡No partirse po-el medio!

Siguió, despacio, picaneando sus bueyes; el auto se comía el camino, y hacía vibrar, alegre, su bocina.

El lo miró: era el de carga.

—¡Pa éstos arreglan los callejones!

Lo cegó un interior rebullir de indignación. Ese odio innato a lo nuevo, que se va haciendo agrio y áspero en los viejos amargados por su mala suerte, le sugería malas ideas...

—Trabaje el pobre pa esto...

La rabia se le transformaba en amenaza:

—Ahi no más te v-i-hacer saltar, ajo!

Ya llegaba el camión.

Severo miró la carreta que sólo traía a su familia...

El pensamiento de la realidad le hizo perder todo escrúpulo: cuando el automóvil lo iba a enfrentar, le hundió la picana a uno de los bueyes, haciéndolo girar rápidamente hacia la pesada máquina:

—¡Vira, Sargento, güey!

Se retorció el pobre animal y la carreta, rechinando, se fue sobre el auto. El chauffeur adivinó el peligro: dueño de sí, sonriente, se cargó sobre el volante, feliz de poder evitar el choque, gracias a su habilidad y a su sangre fría... Pero él ignoraba la emboscada de un pozo traidor, que entraba en la cuenta de Severo.

Una de las ruedas delanteras de la máquina se hundió entre el barro, y las otras patinaron, giraron en locos remolinos desesperados levantando chorros de lodo en impecables parábolas.

Se inclinó más el vehículo; el motor cesó de funcionar.

En el pescante del camión venían tres hombres; uno bajó de un salto a mirar; los otros, al descender, cambiaban pareceres:

—Vea qué desgracia...

—¿No lo habrá hecho adrede?, ese bárbaro.

—Quién sabe...

—Tóquele la bocina, que pare, que venga a ayudar... Hay que pedirle que traiga los bueyes.

Sonó la bocina, gritaron los hombres y como si nada: Severo continuaba tranquilamente, moviendo la picana al ritmo de la marcha.

No había sacado distancia como para no oír, y con esa conclusión uno de los individuos gritó enfadado:

—¡Carrerooo!... Carrerooo! ¡Paresé, le digo!

Entonces él miró para atrás y retrucó, también amoscado:

—Mande a sus hijos, compañero.

Ya, por el callejón, venía corriendo uno de los tipos:

—¿Por qué no para? ¿No siente, usted?... ¡No ha visto que por culpa suya ha sucedido el accidente!

La carreta continuaba azuzados los bueyes por el muchacho, y Severo, deteniendo su "Por si pega", afirmada la picana en el suelo, como una lanza, dejó acccarse a su contrincante, quien, a medida que se aproximaba gritando, más se enardecía:

—Usted se debía haber ofrecido sin necesidad de que se lo pidieran; ¿no vio lo que pasó?... Nosotros lo llamamos y se hace el zonzó!

—No sentí, amigo...

—¡Qué no va a sentir!... Ahora va a ir con una yunta de bueyes a ayudarnos.

—No, compañero —le dice el paisano con una fría sonrisa—:

Mis güeyes no sirven pa eso.

—Entonces usted tiene delito, gaucho bandido! Ha atravesado de gusto su carreta cascarrienta en el camino! ¡Caralla!

—¡Epa, desbocao, a ver lo que dice!

—Qué no le voy a decir! —amenaza el otro, y echa mano al revólver; el carrero empuña la picana.

Con la sola intención de intimidar al paisano, el del arma le apunta, pero el indio, más listo, temeroso de que lo "madrugue", le hace saltar el revólver al aplicarle un terrible picanazo. Aunque el clavo de la picana es pequeño el golpe ha sido de consecuencias dolorosísimas, porque el herido cae al suelo semi desmayado.

La escena se desarrolla fulmínea. Cuando los compañeros del caído se dieron cuenta del combate, corrieron increpando a Severo y descargándole sus revólveres.

El carretero da vuelta el caballo y se aleja impasible.

Esa misma tarde lo alcanza la policía a la que los del camión dieron cuenta del hecho, luego de inflarlo convenientemente.

El gaucho bandido había provocado la caída del automóvil, el cual aún estaba en el camino con una rueda rota, y a la demanda de socorro había respondido insolentándose e hiriendo a uno de ellos.

Detuvieron al paisano y lo envolvieron en la complicadísima malla de la justicia, de la cual se pudo desenredar después de un año, cuando se gastaron los pesos conseguidos por su mujer al vender la carreta casi inservible y los bueyes, que las apremiantes necesidades del preso y de ellos la obligaron a sacrificar.

La hija, en edad, había hecho rancho por ahí. El gurí, de peón de carrero, seguía el oficio del padre. Y la patrona, la pobre china, estaba "pa lo que saliese", en el almacén de Cianelli, en Carumbé, donde había vendido el destartado vehículo.

De favor, lo traían ahora en la diligencia.

Con la libertad no había recuperado la alegría. El indio melancólico se oscurecía en cavilaciones; sentía como si algo se le atravesara en la garganta...

Cuando haciendo sonar su bocina chillona y levantando nubes amarillentas de polvo cruzó un camión, el mayoral le dijo:

—Vos siquiera se la hiciste lindo...

El paisano recuerda los meses de cárcel, su familia, piensa en el futuro... y contesta con ese torcer de cabeza y ese abrir de ojos tan expresivos, donde están trezados en duda terrible un sí y un no.

Viene cansado ya que ayuda en las postas a desprender y a atar los caballos, haciéndose servicial para ganar aquel pedazo de dura tabla en que va hacia su recuerdo.

Van entre los cerros pedregosos de Arerunguá. Las colinas de un gris rojizo, ferruginoso, dan una sensación de sed angustiada. Por allá abajo la visión se suaviza entre las paredes verdes, donde ondula la línea azul del monte. Por las laderas de las cuchillas suben y bajan, como largas víboras ocre-violeta, los cercos de piadramora.

Ahora se ven, a lo lejos, los frondosos ombúes del almacén.

Llegan al destino. El aún quiere ayudar. El mayoral lo aparta:

—No, dejá, dejá; ahí viene tu patrona.

Ella viene llevándose el delantal por los ojos. Al abrazarlo:

—¡Cómo lo habrás pasao!

Han rodeado las casas de piedra. Pregunta por los hijos:

—Están güenos: Sista vive ahí no más... El gurí —hecho un mozo— llega mañana de Tambores... Lo que son las cosas: en la carreta d'él tiene los güeyes nuestros.

Es fama que los hombres que tienen sangre indígena son muy duros para llorar; sin embargo, hay una sordina de sollozo en la voz del indio cuando pronuncia:

—Blanquito... Picazo... Sargento... Capincho...

¡Cómo iba a olvidarlos!

Tras unos pasos sus ojos descubrieron la carreta vieja: en el suelo, sin las ruedas, descascarándose su pintura verde, donde mal se podía leer "LA ORIENTALA", como él mandara poner...

En la ventanilla de adelante cantaba, prosopopéyico, un gallito joven; dentro cacareaba una gallina...

—¡La carreta nuestra, Severo!...

El intenta sonreír y hace una mueca dolorosa. Se detiene rígido como si tuviese las piernas ligadas.

Ahí están un tiempo en un indescriptible silencio trágico.

Cuando la paisana, ahogada de emoción, tartamudea un ruego que tiene algo de entraña maternal, el criollo vencido, en un impulso irresistible, se ha quitado el sombrero y le grita a la mujer temblorosa:

—¡Dejemé, le digo!